

EL PEREGRINO.

¡Dichosa
La mujer que para suya
Tan buen caballero escoja!

AURORA.

¿Le conoceis?

EL PEREGRINO.

Si por cierto,
Que es conocerle gran honra.

AURORA.

¡Hablad, por Dios!

EL PEREGRINO.

La fortuna
Le acude con mano pródiga,
Mas liberal cada día,
De dicha y de honor le colma.
La Francia entera le aplaude,
Y va su nave orgullosa
Por el mar de los favores
Navegando viento en popa,
El sabio rey Luis Onceno,
Con ciega pasión le adora;
Y el príncipe sin empacho
Le admite en su misma alcoba;
Con ellos á caza sale,
Gran fama con ellos goza
De entendido y de valiente;
Y aunque parezca lisonja,
No fué mejor caballero
Con el rey Luis á Borgoña.

AURORA.

¡Callad, buen viejo, callad!
Que la ventura me agobia
Al oír tan gratas nuevas.
Mas decidme, ¿tanta gloria,
Buen peregrino, del alma
Le habrá arrancado ambiciosa
El amoroso recuerdo
De su abandonada Aurora?

EL PEREGRINO.

¡Ay! todo el tiempo, hija mía,
Lo confunde y lo trastorna;
El curso á los ríos tuerce
Y las montañas desploma.

AURORA.

Basta, peregrino, basta,
Que siento que sangre brotan
Las mal cerradas heridas
Que mi corazón destrozan.
¿Conque me olvida?

EL PEREGRINO.

Lo ignoro.

AURORA.

¿Mas no sabeis?

EL PEREGRINO.

Que ama á otra.

AURORA.

¡Triste de mí! Si él me falta,
Todo lo demás me sobra.

Y á estas palabras, sintiendo
Que las fuerzas le abandonan,
El extranjero los brazos
Tendió á la infeliz Aurora:
Cayó sin sentido en ellos,
Y él blandamente dejola,
De la florecida yerba
Sobre la mullida alfombra.

Quando tras breve desmayo
La niña á vida volvió,
Tendió desalentada
Los ojos en derredor,
Y del arroyo á la márgen
Quando sola se encontró,
—“Sin duda, dijo, he soñado,
“Así sea, ¡plegue á Dios!
“Que á ser realidad, con ella
“No pudiera el corazón.
“Sí, sueño fué: el peregrino
“Que tales nuevas me dió,
“De mi loca fantasía
“Fué no mas una ilusión.
“Sí, todo ha sido un ensueño,
“¿Mas cuánto me atormentó!”

En tanto, avanzaba el lóbrego
Nublado amenazador,
Y ya á lo lejos se oía
Del trueno el cóncavo son.
Zumbaba el viento arrastrándose
En torbellino veloz,
Mas sin templar de la atmósfera
El hálito abrasador.
Caían de cuando en cuando,
Precursoras del turbión,
Anchas y redondas gotas
Que se tornaban vapor:
Y amedrentadas las aves,
De abrigo preciso en pos,
Cruzaban el aire denso
Sin segura dirección,
Solo el salvaje milano
Con vuelo fascinador
Suspendido se cernía
En la azulada región,
Y á la impetuosa tormenta
Precediendo sin temor,
Giraba en círculos sesgos
Graznando en áspero son.

La senda, con lento paso,
De su alquería tomó
Aurora, saliendo apenas
De su honda enagenación,
Y por la arenosa márgen
Del arroyo saltador,
Hasta el umbral de su puerta
Meditabunda llegó.
Allí, arrancando un suspiro
Del fondo del corazón,
¿Qué hará don Félix?—Se dijo,
Y á su aposento subió.

VI.

Y yendo días, y viniendo días,
Y Aurora sin ceder en sus manías,
Un año se pasaba y otro año,
Sin que entendiera nunca el desengaño.

Sueño no mas creyendo al peregrino,
Creía sin embargo en la firmeza
De don Félix, agüero sospechándolo,
Mas feliz esperando su destino,
Cuanto cierta su dicha y su riqueza.

¡Tal es nuestra locura!

Nunca creemos mas de los agujeros
Que la parte de bien y de ventura:
Si allá en noche afanosa
Negro, espantoso, aterrador ensueño
Con tenaz pesadilla nos acosa,
Su memoria azarosa
Olvidar procuramos con empeño,
Cual creación del alma vaporosa.

Mas si dulce ilusión blanca y risueña
Nuestro reposo encanta,
Al punto la juzgamos
De grato porvenir ilusión santa.

Así pensaba Aurora,
La vuelta de don Félix esperando,
Fiada en su palabra engañadora;
Siempre en su cierta ingratitud dudaba,
Mas siempre en la fortuna,
La fama y los honores que adquiría,
Creía sin cesar, sin ver que fuesen
Visiones de su amante fantasía.
Y siempre en la ladera
Del manso arroyo con afán sentada,
Por la senda tendía
La vista enamorada,
Creyendo que don Félix volvería.

Embebida en tan dulces pensamientos,
Una tarde de Julio calurosa
Descansaba la niña fatigada,
Del arroyo á la márgen arenosa:
Los ojos en el cielo,
En lágrimas de amor humedecidos,
Distraída fijaba.

Sin fé ni objeto por su azul perdidos.
La imagen de don Félix,
Mas que nunca amoroso,
Mas que nunca galán, veía acaso
Que á su valle volvía
Con ciego amor y presuroso paso.

Y ella, ufana á su vez con su hermosura,
Los brazos le tendía;
Mas ¡ay! que la visión nunca venía.
Siempre, sí, de sus bellos pensamientos
La efímera ventura,
Deshacia de un soplo
Su secreta y fatídica amargura.

Siempre se hundían sus dorados sueños
En el mar de sus lágrimas, y al cabo,
Sus delirios no mas siendo la suerte
Que aguardaba dichosa,
Miraba al porvenir . . . y no veía

Mas esperanza que la tarda muerte,
¡Pesadilla fatal que la oprimía!
Y aquella bienandanza
En que soñó á don Félix la privanza,
Que en Francia con el príncipe gozaba,
Todo cuanto la dijo el peregrino,
La idea de otro amor la emponzoñaba.
Todo era en su opinión sueño y mentira,
Todo ilusión de su alma enamorada,
Mas ¡cuánta fé, cuánto placer la inspira
Su esperanza infundada!
Y al par ¡con cuán fundada incertidumbre
Su dichosa ilusión tenaz conspira
De su amor á que dude despechada!
¡Ay, desdichada Aurora,
Cuán arraigada la memoria guardas
Del ingrato amador á quien aguardas!
Con cuánta fé tu corazón le adora!
Y así sin claro objeto,
Y sin clara razón, la pobre niña,
Presa infeliz de su dolor secreto,
Enamorada llora,
Y del límpido arroyo en la ladera,
Siempre en su amor sin esperanza espera.

Y en él estaba pensando
Meditabunda y llorosa,
Quando en el fin del camino
Distinguir creyó una sombra
Que deslizándose rápida
Por la vereda tortuosa,
Se aclara y se patentiza
Segun la distancia acorta.
Tembló de pavor al verla,
Que no es ilusión ahora
De su ardiente fantasía,
Sino realidad odiosa:
Es el mismo peregrino
Que ha vivido en su memoria
Dos largos años, imagen
De un sueño amedrentadora.
El es, con su blanca barba,
Su paso y faz majestuosa,
Su indefinible sonrisa,
Su mirada escrutadora,
Con su sayo penitente
Y su bordon y sus conchas.
El es, sí: y á su presencia
Todo lo comprende Aurora.
Toda la verdad del sueño
A su mente se la agolpa,
Con el certero puñal
De una esactitud diabólica.
Don Félix, rico y dichoso,
Cuya nave va orgullosa
Por el mar de los favores
Navegando viento en popa;
Herederero del condado
Que muerto su padre goza,
Querido del rey de Francia,
Celebrado en toda Europa
Por entendido y valiente,
Sin ayos que se interpongan

Mas de su amor olvidado
Y enamorado de otra.
Todo esto en su mente bulle,
Todo esto el alma la acosa,
Como horrible desencanto
De esperanza engañadora.
Y ella . . . ¡nécia sin ventura,
Que de firmeza blasona,
Conserva de quien la olvida,
La ingrata imágen que adora!
Si aun era sueño dudaba,
Cuando á sus oidos prócsima
Oyó una voz que decia:
"Dios sea contigo, Aurora."
Rompió á llorar escuchándola
La muchacha, y su congoja
Respetando el peregrino,
Tras larga pausa así hablóla:
—¿Aun vives, niña, y aun amas?
¿Y aun el raudal no se agota
De tu llanto y de tu vida?
¿Fortuna infeliz te toca!

AURORA.

¿Conque es verdad que á don Félix
Proteje fortuna pródiga,
Y en honores y riquezas
Consigue cuanto ambiciona?
¿Conque es verdad y no sueño
Que ha dos años vuestra boca
En esta misma ladera
Me dijo que amaba á otra?
¿Ah! quien quiera que seais,
Hombre ó vision ilusoria,
Que desde Francia venís
No mas que á apagar la antorcha
De mi esperanza, volveos;
Tornad á esa Francia odiosa,
De donde venir no pueden
Mas que sierpes ponzoñosas;
Idos, buen viejo, y dejadme
Con mis pesares á solas;
Dos años ha que os conozco,
Y en vos no creí hasta ahora.

EL PEREGRINO.

¿Y no me preguntas nada?

AURORA.

Cuanto me digais me sobra
Si Félix no vuelve.

EL PEREGRINO.

Nunca.

AURORA.

¿Conque es ella tan dichosa
Que en las redes de su amor
Para siempre le aprisiona?

EL PEREGRINO.

Para siempre.

AURORA.

¿Tanto le ama?

EL PEREGRINO.

Ambos con furor se adoran.

AURORA.

¿Fortunado de él!

EL PEREGRINO.

Sin duda,
Pues cuanto apetece logra.

AURORA.

¿Y ella es muy noble?

EL PEREGRINO.

Duquesa.

AURORA.

¿Jóven?

EL PEREGRINO.

Mucho.

AURORA.

¿Y muy hermosa?

EL PEREGRINO.

Toda alabanza es escasa.

AURORA.

¿Ojalá Dios les dé toda
La dicha que les desea
Quien por sus venturas llora!

EL PEREGRINO.

¿No le amas ya, pues tan fácil
Su ingratitud le perdonas?

AURORA.

Cual nunca de sus recuerdos
El fuego ¡ay Dios! me devora:
Si, mas yo solo á quien amo
Deseo fortuna y gloria.

EL PEREGRINO.

¿Mas si él te ultraja! . . .

AURORA.

En amarle

Yo pago una deuda propia;
Si me olvida, cuenta es suya.

EL PEREGRINO.

¿Mas no de otro amor celosa . . . ?

AURORA.

No: si él es feliz con ella,
El no serlo yo, ¿qué importa?
¿Por qué la ventura agena
Querré turbar envidiosa?
No, que gocen, y que nunca
Les enoje mi memoria.

Y aquí el raudal enjugando
De sus lágrimas, Aurora
Quedó al parecer tranquila;
Mas ¡ay! calma mentirosa,
Porque dentro de su pecho
Fermenta devoradora
La llama de sus pesares,
Que ni estingue ni sofoca

La virtud que la consuela,
Pero que su amor no doma.

Absorto ante esta sublime
Abnegacion generosa,
Al fin el viejo extranjero
Dejó correr turbia sola
Por su tostada mejilla,
De amargo llanto una gota.
Y Aurora, tornando el rostro,
En cuya faz amorosa
Distinto aspecto sus rasgos
Y extraño carácter toman,
Dijo así con voz dulcísima,
Mas firme y fascinadora,
A la que Aurora no pudo
Permanecer silenciosa:
—¿Ningun deseo te resta,
Que te se pueda lograr?

AURORA.

Solo imaginarlo, es dar
En necesidad manifiesta.

EL PEREGRINO.

¿Quisieras volverle á ver?

AURORA.

Sí, siempre verle quisiera,
Mas sin que él verme pudiera,
Que fuera aguar su placer.

Sí, en ser eterno testigo
De su ventura me holgara,
Pero sin que él sospechara
Que estaba siempre conmigo.
Verle, oírle noche y dia,
Poder, cual ángel de Dios,
Ser continuo entre ellos dos,
Espíritu de armonía.

Inspirarle siempre fé,
Siempre amor, siempre ventura,
Y encontrar mi sepultura
De su sepultura al pié.
Mas esto, buen peregrino,
Ya veis que es deliro necio! . . .
La voluntad es aprecio,
Mas seguid vuestro camino.

EL PEREGRINO.

*No hay cosa que álguien no pueda:
Y nadie en la tierra sabe
Lo que en lo posible cabe,
Lo que en lo imposible queda.*

Esto contestó aquel viejo
A la propuesta de Aurora,
A punto que por la tierra
Se derramaban las sombras.
Cerraba la noche oscura,
Tan negra y tan tenebrosa,
Que no alcanzaban los ojos
A la distancia mas corta.
El viento lánguidamente
Suspiraba entre las rocas,
Y alzaban triste murmullo
Las casi agostadas hojas.

Con grande inquietud Robleda,
De gran pesar precursora,
De los elementos via
La revolucion medrosa.
Pavor sentia su alma,
De noche tan densa y lóbrega,
En que imagina su suerte
Tan negra como la atmósfera.
Y ante una ventana abierta,
Enterrado en su poltrona,
Al cielo sin luz miraba
Con faz y con vista torva.
¿Qué espera allí? Lo que nunca
Volverá á ver mas; su Aurora,
Su amor, la luz de sus ojos,
El aliento de su boca.
¿Ay, padre infeliz! bien haces
En llorarla: llora, llora,
Que no has de volver á verla,
Porque el amor te la roba.

En vano al ver que se pasan
De la noche horas tras horas,
Por todo el valle la buscas
Con ansiedad congojosa.
En vano de los peñascos
Por las quebradas recónditas,
Con tristes voces la llamas,
Cuando á tu voz está sorda.
En vano vas al castillo
Donde los restos reposan
Del viejo conde, y preguntas
A sus jentes lo que ignoran.
En vano, sí, al pié del busto
Que su sepulcro corona,
Con supersticion sencilla
Humildemente te postras.
En vano sus piés besando
De piedra insensible y tosca,
Le ruegas que como en vida
Vele por él y su honra.
En vano le dices:—"Conde,
Mira que es mi única joya,
Y aun vive tu hijo . . . ; Levántate
Entre el seductor y Aurora!"

La estatua no te responde,
Ni dentro la huesa cóncava,
Aunque tus ayes retumben,
Encontrarás quien los oiga.
No, no. La buscas en vano;
Vé, ya en el Oriente asoma
La aurora del nuevo dia,
Mas no volverá tu Aurora.
Grande misterio la esconde,
Grande voluntad la estorba
A tus fatigados brazos
Volver bella y cariñosa.

Solo te quedan, buen viejo,
Los ojos y la memoria
Para llorarla perdida;
Llora, desdichado, llora.

VIII.

En una selva, del Garona á orillas,
De antiquísimos robles rodeado,
De recios chopos y hayas amarillas,
De almenas y de torres coronado,
Un enorme castillo se levanta;
Y el viajero, mirando, se amedrenta,
Tanto artificio y fortaleza tanta,
Que es por demas su fábrica opulenta.

Profundos y anchos fosos le circundan,
Cuyos cóncavos senos
Las turbias aguas del Garona inundan;
Y dos seguros y macizos puentes,
De gruesas barras y cadenas llenos,
Dos caminos franquean diferentes,
Que á poco de la oscura fortaleza
Se pierden de la selva en la maleza.

Por cima de los árboles copudos,
Afrenta audaz de su estatura enana
Y sus silvestres pabellones rudos,
La gigantesca torre
De los vijías se levanta ufana,
Ceñida de esquisita filigrana,
Que al encaje sutil parejas corre.

Allí, á merced del ábrego tendida,
De remate sirviéndola tremola
Una bandera sola:
Y esa bandera sobre el bosque erguida,
De aquella tierra protectora ejida,
Es bandera feudal, y es española.

Sí, española; que entonces nuestra España
No era menguada y voluntaria presa
De la ambicion y la doblez francesa;
Y á la extranjera posesion estraña,
Para lavar con sangre una mancilla,
Podia en solo un sol con justa saña
Tercios y buques aprontar Castilla,
Y su fiero Leon, pronto á la guerra,
Con un rugido amedrentar la tierra.

Era española, sí; su lienzo rojo
Mostraba de un blason en los cuarteles,
De Aragon y Navarra los laureles,
Los timbres de Leon y Andalucía,
Que siempre con acérrima hidalguía
A su Dios fueron y á su patria fieles.

En esta solitaria fortaleza,
Cansado de las cuitas cortesanas
Y de sus nécias ceremonias vanas,
En los brazos del ocio y la pereza
Un conde jóven y español vivia,
En bailes y festines repartiendo
Las horas de la noche, y eligiendo
Para la caza ó la sortija el dia.

Con él iba á la par su bella esposa,
Y á celebrar sus bodas les seguia
Comitiva de amigos numerosa,
Llenando sus efímeros deseos
Los mas alambicados devaneos.
Séquito de escuderos y vasallos,

Y sumas de dinero nunca escasas,
Proporcionaban cañas y torneos,
Luchas de fieras, puestas de caballos;
Y zambras de cristianos y de moros
Ricamento dispuestas y vestidas,
Y aun con gasto excesivo prevenidas
Corridas hubo de navarros toros.

Admirados quedando los franceses
De ver un español que con destreza
Rendia audaz de las pujantes reses
A un trapo y un estoque la fiereza.
A así el señor don Félix de Aracena
Gozaba en su castillo del Garona
De su reciente union la enhorabuena,
De conde y duque doble la corona.

Y orgulloso ademas (que al cabo era
En España nacido),
De continua fortuna lisonjera
Por demas protegido.

Mozo, rico, y feliz con la que amaba,
De su ventura y juventud gozaba.
¿Y quién su antojo reprochar podria?
¿Quién su suerte ¡pardiez! no envidiaria?
Era una noche azul, serena y clara;
Resplandecia en el zenit la luna,
Sin que perdida nube la manchara,
Ante su faz cruzando inoportuna.

Lánguida brisa de campestre aroma
Bullir entre los árboles se oia,
Y allá del monte en la encumbrada loma,
El manantial de la fecunda fuente
Brillar al lejos con su luz se via,
Por un peñasco al resbalar pendiente.

El desigual murmullo campesino
Del bosque espeso, á su raudal vecino,
Ensoñecia el rápido Garona,
Hirviendo sin cesar allá en la hondura,
Y su rugiente voz lanzando osado
Del monte enmarañado

Por la frondosa y lóbrega espesura.
Ya dentro del castillo no sonaba
El son de los alegres instrumentos
Que el oido á sus dueños regalaba,
Hartos de fiesta y de pesar esentos.
Mas se veian aún por las ventanas
Cruzar las luces y la sombra errante,
De atentas camareras cortesanas,
Viejo escudero, ó pajecillo amante,
Que de la estancia oculta retiraban
Donde ya sus señores reposaban;
Y aunque ya no se oian de contado
Las báquicas canciones,
Aun se via el servicio descuidado,
Las mesas del festin en los salones.
Y ya á su fin tocaba la carrera
De la noche apacible,
Y la luna á su hora postrimera,
Cuando en su rica y silenciosa estancia,
Bajo el dorado pabellon del lecho,
La duquesa Clotilde con su esposo
A impulso del amor que arde en su pecho,
En el lenguaje de la culta Francia,
Así seguia diálogo amoroso.

CLOTILDE.

No es, Félix adorado,
Mostrar que mancha en tu pasion sospecho,
Tu historia demanda: te has engañado.
Solo intentaba, pues rebelde el sueño
Nos niega su benéfico beleño,
Entretenen nuestra tenaz vigilia
Con divertida historia;
Y sin pensar me vino á la memoria
Recuerdos demandar de tu familia.

DON FELIX.

Aleja de ella, mi Clotilde hermosa,
Toda sospecha ruin; y no te crea
Por ignorarla sin razon zelosa;
Yo te la contaré tal como sea,
Aunque por muy vulgar es fastidiosa.

CLOTILDE.

Y yo la escucharé grata y atenta,
Celebrando sus lances,
Sintiendo sus percances,
Y teniendo á la par tus travesuras
De tu inesperta juventud en cuento.

DON FELIX.

Pues escúchame ya, ¡Clotilde mia!
Juveniles locuras y un momento
De sonrisa que logren arrancarte,
Será mi recompensa y mi contento.
Y si el cuento monótono te ausilia
En brazos á caer de manso sueño,
Ese favor de mas ¡oh dulce dueño!
Deberemos los dos á mi familia.

CLOTILDE.

Empieza, Félix mio, que te escucho,
Y estoy por tu relato
Mucho antojada, y cuidadosa mucho.

DON FELIX.

Nací español; lo sabes por mi trato
Franco y leal, y por mis nobles hechos;
Que no hay en mi país doblez ni engaños
En palabras de nobles, ni en sus pechos
Miras serviles, cábalas, ni amaños.
Era mi padre conde de Aracena,
Para avaro heredero corto Estado,
Mas posesion muy buena
Y herencia suficiente
Para heredero jóven y valiente,
Con humos y esperanzas de soldado.
Pasé mi juventud en un castillo
De Aracena, entregado
A un preceptor escueto y amarillo,
Cuya cabeza vana,
De lógica encerraba mas cuestiones,
Que girones y puntos su sotana.
Este me hacia leer la antigua historia,
Mucho inútil latin y mucho griego,
De fárrago atestando mi memoria,
Que lo aprendia y lo olvidaba luego.
Este viejo Fermin, que habita ahora
Con nosotros aquí, franco soldado,
Como niño á tratarme acostumbrado,

Ducho en caballos y en combates diestro,
Cuando á próspera edad hube llegado,
De armas y equitacion fué mi maestro.
Y puedes colegir, Clotilde mia,
Por tan ilustre y célebre colegio,
Lo que la suerte de mi hogar seria.
Aunque en Dios y en verdad que tengo oido,
Que mi padre vivia en aquel tiempo
Por la corte y el rey muy mal querido,
Por no sé qué opiniones de partido.
Y aquí, bella Clotilde,
Tu indulgencia reclamo,
Ya que á tal confesion me avengo humilde.

CLOTILDE.

¿Hay algun pecadillo
De amor?

DON FELIX.

Precisamente
La ocasion de salir de mi castillo,
Que fué de esta manera.

CLOTILDE.

¡Bravamente!
Pláceme el cuento así, franco y sencillo

DON FELIX.

Tenia entonces yo veintidos años,
Fiero con mi selvática nobleza,
Los riesgos del amor me eran estraños,
Y con mil esperanzas y deseos
Tenia, de una vez y sin rodeos,
Fuego en el alma y aire en la cabeza.
Allá en mi mente un mundo comprendia
Que no era el mundo real, con largo trecho,
Pero era un mundo como ser debia,
De mis ideas miserables hecho.
Yo, reducido al círculo mezquino
De mi desmantelado castillejo,
De un valle á él vecino,
Y un pueblecillo viejo;
Sin mas ocupacion que los sermones
Del preceptor, católico latino,
Los perros, los caballos, los halcones,
Sin mas servicios que correr la sierra
Al jabalí y al ciervo haciendo guerra,
Era un mozo en verdad muy decidido,
De quien con una direccion juiciosa
Se podia sacar muy buen partido.
En este estado, pues, cruzando un dia
El valle ameno á mi mansion cercano,
En una aislada casa ó alquería
Encontré una doncella,
Como los sueños de un muchacho bella.

CLOTILDE.

¿Bella?

DON FELIX.

Menos que tú ¡Clotilde mia!
Mas de tu claro sol, vívida estrella,
Hija de un militar viejo y lisiado,
Que habia con mi padre en sus niñeces
Como valiente con honor lidiado,
Y aun salvado su vida varias veces.

Yo mozo y tan travieso,
Ella hermosa y tan pura,
Yo rico de alma y ella de hermosura . . .
Vine al fin á perder mi poco seso.
La amé y me amó; con infantil locura
De la pasión en brazos nos lanzamos,
Y dos años vivimos
Viéndonos siempre que ocasion hallamos,
Fieles al par cuanto mejor supimos.

CLOTILDE.

¿Y la amabas?

DON FELIX.

La pobre zagaleja,
Sin duda por su padre sorprendida,
Me iba á huir sin razón ni despedida;
Me opuse á tiempo, mas mi padre atento
Me espiaba á su vez, y en un momento
Nuestro amor se rompió y nuestra constancia,
Enviándome mi padre á hacer fortuna
A las campiñas de la alegre Francia;
Donde, guerrero injerto en cortesano,
La suerte amiga me tendió la mano,
Y la memoria del amor primero
Se borró con el tiempo y la distancia,
Aunque no mi deber de caballero.

CLOTILDE.

¿La amas, pues, todavía?

DON FELIX.

¿A quién despues de tí, Clotilde mía?
Mas ella la infeliz, allí encerrada
Con las aves no mas del valle oculto,
Acaso vivirá muy desdichada,
Por culpa de un mancebo, que insensato
La juraba un amor que era imposible,
Y que era fuerza que olvidara ingrato.

CLOTILDE.

¿Y aun guardas su memoria inestinguible . . .

De su diálogo aquí los dos esposos
Dulcemente llegaban,
Cuando la bella historia les turbaron
Alaridos y gritos misteriosos
Que á la reja del cuarto en que se hallaban
En repentina música estallaron.
Oíase á lo lejos
Rodar la tempestad, arrebatada
En alas del revuelto torbellino;
Y en pús de los vivísimos reflejos
Del rápido relámpago, rugía
La poderosa voz del ronco trueno,
Que la nube sombría
Dentro guardaba del preñado seno.
Del viento proceloso
Al vaiven vigoroso,
Crujir se oían los tronchados robles;
Y de los puentes las cadenas dobles,
Rechinar en los goznes sacudidos
Por el recio huracan estremecidos.
“¿Oyes, Clotilde? preguntó Don Félix
A su aterrada esposa:

Sin duda se ha formado de repente
Tempestad horrorosa.

CLOTILDE.

Yo no sé qué temor me sobrecoje,
Félix, á ese rumor.

DON FELIX.

Hace un momento
Que en la enramada de la selva hojosa
Tranquilamente suspiraba el viento.

CLOTILDE.

¡Mas escucha! . . . parece,
Félix, que esa ventana se estremece.

DON FELIX.

El viento que se estrella
Con estrépito en ella.

CLOTILDE.

Eso será.

DON FELIX.

Sí á fé.

CLOTILDE.

Mas parecia
Que alguna voz humana . . .

DON FELIX.

Pura imaginacion, Clotilde mía;
Solo las aves pueden
Llegar á esa ventana.

Mas la sangre de horror se heló en las venas
De los esposos nobles,
Y paso hallaban al aliento apenas,
Al oír el diabólico ruido
Con que en aquella reja se efectuaba
Un misterio á los dos desconocido,
Mas cuya intermediacion amedrentaba.

Tras aquella ventana parecia
Que el espíritu negro de la noche
La tempestad horrenda dirigia.

Allí agitado el viento,
En las caladas piedras estrellándose,
Bramaba airado con salvaje acento
En las molduras góticas rasgándose.
Ya remedaba el suspirar doliente
De angustiada mujer; ya murmuraba
Como escondida fuente,
Y á veces parecia
Oírse en realidad, no en apariencia,
Diabólico concierto que auguraba
De séres invisibles
La cercana presencia.
Y entonces se mezclaba
En desacorde son y grita horrible
Detrás de aquella reja,
El graznido fatal de la corneja,
De la hiena irascible
El áspero gruñido,
De la tímida tórtola el arrullo,
Del pardo lobo el prolongado ahullido,
Y el agudo silbido
De la sutil culebra,
Y el trémulo relincho del caballo,

DON FELIX.

Cierro y durmamos, que se acerca el día,
Y si el aire las nubes arrebatada,
Mañana haremos á mis ciervos guerra,
Y otra vez tendrá fin la historia mía.

VIII.

Amaneció el siguiente
Limpio, sereno y luminoso día,
Coronado de sol resplandeciente,
Y dispuesta al placer la noble gente
Que en el castillo á la sazón habia,
Se aprestó diligente
Para pronta y alegre cacería.

Ordenaron los pródigos barones
A escuderos, y pages, y vasallos,
Sus perros aprontar y sus caballos
Y las demas precisas provisiones.
El rumor de la fiesta en un momento
Retumbó de aposento en aposento,
Y atronaron los largos corredores
Con apodos, con trompas y con gritos,
Guias, palafreneros y ojeadores.
Por los patios cundieron
Con gran tumulto y batahola fiera
Voces de mando y ruido de quimera,
Y tumulto de gente aglomerada,
Y relinchos, y silbos, y ladridos
En que rompió azuzada
Toda impaciente la trahilla entera.

Al repentino estrépito,
Don Félix y Clotilde despertaron,
Y al ver del sol los vivos resplandores
Dorar de las ventanas las junturas,
Al punto adivinaron
La prisa de sus bravos cazadores.
Ya del lecho á saltar iba don Félix,
Cuando Fermin su viejo camarero,
Leal aragonés encanecido
En servicio del conde, y el primero
Que á empuñar le enseñó tajante acero
Y á domeñar un potro embravecido,
Entró en el aposento alegremente
Con franqueza esclamando aragonesa:
—“Voto á cribas! ¿aun duerme aquí la gente?
Levántaos, señor, y daos prisa,
Que no quiero que os llame negligente
Esa orgullosa multitud francesa.”
Lo cual Clotilde oyendo,
Díjole sonriendo;
Fermin, ¿qué audacia es esa?
Y él contestó la frase corrigiendo:
“Perdone mi señora la condesa;
Francesa fué cuando doncella y sola,
Mas unida á mi amo es ya española.”
Con lo cual las cortinas apartando
El buen Fermin, á su señor sirviendo,
Pronto, si no muy bien, fuéle ataviando.

Y el canto triunfador con que celebra
Su victoria ó su amor el ronco gallo.
De este tumulto á par se percibian
Palabras cuyo bárbaro sonido
Ofendía el oído,
Y que mucho á conjuros parecian.
Ya era un susurro sordo y soñoliento
Al son de las abejas parecido;
Ya era penado é intimo lamento
Arrancado á un dolor fiero y profundo;
Ya el son ahogado del escaso aliento
Del último estertor de un moribundo.
Y acaso entre tan varios alaridos
Se perciben dulcísimos quejidos
De voz enamorada,
Voz de mujer que trémula suspira.
Amorosas canciones
Que ciego amor á su pesar la inspira.
Y esta voz mujeril, tierna y amante,
De hondo misterio incomprensible henchida,
Halagaba tal vez por un instante,
Pero dejaba luego
De pena el alma y de pavor transida,
Ya remedando interesante ruego,
Ya congojosa y triste despedida.
Y estos aterradores
Fatídicos clamores,
Estas mil voces sin compás mezcladas,
Formaban tan fantástico conjunto,
Tan estraña y confusa batahola,
Que el mas bizarro corazón si oyóla,
Olvídó su valor de todo punto.
Don Félix, aunque asaz supersticioso
Y mucho á tal rumor amedrentado,
Saltó por fin del lecho
Y á la ventana se arrojó brioso,
De santa fé fortalecido el pecho
Y de agudo puñal el brazo armado.
Abrió, y en el instante
Repentino relámpago
El aire opaco iluminó brillante;
Bocanada de viento revoltoso
Al aposento penetró ostentoso;
Las gotas de la lluvia desiguales
Botaron de traves en los cristales,
Desparramadas resbalando al suelo;
Sin que se viera en la estension lejana
De la nublada cavidad del cielo,
Mas que las nubes que en tropel seguian
De la tormenta el fugitivo vuelo.
—Ya la tormenta pasa
(Dijo don Félix en redor mirando)
Y por Oriente el horizonte arrasa.

CLOTILDE.

¿Qué ves?

DON FELIX.

La lluvia, que en verdad, no escasa,
En pantano cambió toda la tierra;
Mas cesa ya.

CLOTILDE.

Pues cierra,
Félix, que ese aire mata.